

Mensajes de un pintor en busca de sí mismo

¡Pobre de mí, no soy sino un triste pintor! Cartas de Luis Caballero a Beatriz González

LUIS CABALLERO

Universidad Jorge Tadeo Lozano,
Bogotá, 2014, 190 págs., il.

A MEDIDA que el intercambio de manuscritos como forma de comunicación ha entrado en desuso por efecto de la instantaneidad y el bajo precio de la efímera mensajería electrónica, las cartas han recobrado importancia como piezas arqueológicas. En el caso de los pintores, son justamente célebres las *Cartas a Theo*, de Vincent van Gogh, divulgadas completas en 2009 en edición facsimilar después de quince años de investigación [<http://vangoghletters.org/vg/>]. En Colombia causó gran impacto *Memoria por correspondencia* (2012), la conmovedora narración epistolar de la pintora Emma Reyes dirigida a Germán Arciniegas sobre su terrible infancia.

¡Pobre de mí, no soy sino un triste pintor! se publicó en una bella y cuidada edición que ofrece veintiocho cartas escritas a la pintora Beatriz González por Luis Caballero a lo largo de las tres décadas comprendidas entre 1963 y 1992. Cada una se presenta como facsímil, con su correspondiente transcripción, y el conjunto está ordenado tratando de seguir una secuencia, pues no todas cuentan con fecha.

El libro incluye un interesante ensayo de Darío Jaramillo Agudelo y una introducción de Beatriz González, tal vez más corta de lo necesario. Como testigo de excepción, González asegura “que estas cartas desnudan al auténtico Luis Caballero” [pág. 22]. Cada una de las ellas está anotada por Marta Calderón, quien explica o completa los nombres y eventos aludidos. Pero si se tratara de apreciar un desnudo del artista, más bien habría que repasar el libro de conversaciones de Caballero con José Hernández, titulado *Me tocó ser así* (1986).

Estas cartas de uno de los dibujantes más destacados del arte colombiano de todos los tiempos revelan dos grandes

etapas de su vida: la de las búsquedas como pintor joven y la de los asuntos, digamos logísticos que debió atender como pintor exitoso. Intercalados entre momentos de efervescencia y calor, el lector encuentra comentarios variados de visitas a exposiciones, opiniones sobre pintores y sobre el panorama desolador del arte contemporáneo, una incesante admiración por *La encajera*, de Vermeer, el aprecio por la obra de González, reclamos por no recibir cartas, solicitudes de noticias de Colombia, frustración por ser un pintor joven que no le interesa a ninguna galería.

En la primera etapa, el denominador común fue la incertidumbre profunda y la desazón:

Yo aquí estoy desesperado porque nada que aprendo a dibujar, pero eso es lo de menos, aprenderé, estoy seguro; pero es que hay momentos en que me entra una desesperación, una desilusión de no poder hacer lo que quiero, terrible. Es espantoso tener en la cabeza los cuadros más sensoriales y saber que no los puedo hacer [pág. 59].

Si bien no se conocen las respuestas de González, las misivas del joven Caballero operaron durante buen tiempo como catarsis a larga distancia ante una artista mayor en edad y experiencia. Entre referencias a distintas minucias, llega a conclusiones como esta: “Lo único que se puede hacer es seguir pintando y pintando, que si uno tiene algo que se le mueve entre las tripas ya saldrá tarde o temprano. El problema por ahora es hacer buena pintura” [pág. 73].

Tiempo después, el panorama comienza a despejarse; le cuenta que,

Desde hace unos seis meses sé más o menos lo que quiero hacer, lo que hago es cambiar de tácticas, ensayar nuevas cosas. Los cuadros pueden ser distintos, pero lo que quiero hacer es lo mismo [pág. 89].

Las frecuentes quejas de no recibir las esperadas noticias de su correspondencia se pueden resumir en uno de los tantos reclamos que le hizo, que justifica así: “Yo necesito una constante atención, una constante admiración y un cariño maternal continuo. Sicológicamente soy infantil y necesito siempre el cariño de madres protectoras”. Y

remata como en un bolero despechado: “me parece injusto y monstruoso el que Ud. me olvide antes de haberla olvidado yo” [pág. 83].

Las dudas e incertidumbres reaparecen una y otra vez: “¿A qué me vine a París? Ni yo mismo lo sé. Tal vez fue un inmenso acto de ambición, o el simple placer de volver al pasado” [pág. 109]. Surgen preguntas acuciosas:

¿De qué sirve hacer cuadros bonitos o buenos, o geniales? Llamarse artista y creerse Dios, pintar cuadros como quien prepara una mayonesa (esteticismo idiota) o confesarse en su taller y mostrar todo lo que se siente o se piensa (exhibicionismo). Pintar para cuatro amigos y cuatro “iniciados”, exponerlos, venderlos si es posible para luego comparar nuevas telas y empezar de nuevo? ¿Pero para qué sirve todo eso? [pág. 109].

A menudo, el desánimo y la tristeza necesitan ser de nuevo conjurados:

No se imagina el placer que tengo cada vez que recibo una carta suya. No es por echarle elogios, pero es que últimamente me siento deprimido, triste, completamente vacío, con terrores nocturnos y angustias existenciales [pág. 127].

Luego de mucho trabajo y del reconocimiento conquistado, Caballero parece superar sus inquietudes más severas a comienzos de la década del setenta, cuando parece ya que deja de ser un pobre y triste pintor. La confidente y casi terapeuta se convierte a continuación en representante del artista. Así lo relata ella misma:

Me convierto en agente de Luis, desde 1971, y por iniciativa de él fuimos a ofrecer nuestros servicios a Gloria Zea, recién nombrada directora del Museo de Arte Moderno de Bogotá. Ella agradeció la oferta y contestó “Luis, tú expones y Beatriz hace las visitas guiadas”. Luis, apenado conmigo, replicó: “¿Si Beatriz no expone, yo me niego a exponer!” [pág. 22].

Caballero admiró sin reservas la pintura de González. Así quedó en claro en una carta de 1967, en la que traza una brillante consideración sobre su obra: “hay en ella muchos niveles de lectura diferentes y eso,

precisamente, me parece lo más interesante” [pág. 158]. Y destaca “el refinamiento enorme de su color” y el dibujo “dentro de las torpezas más sofisticadas” [pág. 159].

Pasado 1972, los asuntos tratados en las cartas se vuelven los propios de esta nueva relación: que si Gloria Zea, que si la inauguración, que si las fotos en color, que si el currículo y la lista de obras, que la bienal tal fue un asco, que Serrano está furioso, que le pase la nueva dirección de Marta Traba. Compara el tedio parisino en verano, con el “calor espantoso de Bucaramanga a las tres de la tarde” [pág. 147]. Y sigue con atención las peleas locales de divas y divos del mundillo artístico.

El desenlace final se anticipa en una nota escrita por una mano ajena que tomó dictado del artista, en la que se lee: “Como se habrá enterado estoy enfermo y no puedo siquiera escribir a mano. Tengo un problema de coordinación de movimientos producido por una deficiencia en el cerebelo (...) Espero noticias tuyas y yo le volveré a escribir cuando me sienta mejor” [pág. 171]. Es la única expresión en la que Caballero abordó con su corresponsal situaciones puramente personales, distintas a sus perplejidades juveniles o a los asuntos de su representación.

Parte de las cartas fueron escritas a mano en una caligrafía no muy clara: “mi letra es cada día más horrible y aquí no puedo escribirle a máquina. “Aquí” es un gran barco blanco en el que viajo por el Mediterráneo en el plan más oligárquico que se pueda imaginar” [pág. 75]. Antes que escribir y esperar respuestas que a veces parece que no llegan, el pintor prefiere, y ahora, la conversación: “sería tan fácil si Ud. estuviera aquí. Hablar es fácil y escribir siempre es una complicación y no se entiende nada” [pág. 93].

A diferencia de las de Emma Reyes, que se refieren exclusivamente a su infancia y dejan casi sin aliento y en suspenso al lector, las cartas de Caballero son un espejo de su evolución entre los veinte y los cuarenta y nueve años. Expresan desde las tempranas vacilaciones del pintor veinteañero en París, hasta un último abrazo, escrito en 1995, un par de años antes de morir, a los cincuenta y dos.

¿Cuáles otras cartas de artistas colombianos merecen publicarse? Co-

nozco las del olvidado pintor Alberto Iriarte, “Mefisto” a una amiga, reveladoras de una personalidad apartada e irónica. Por lo pronto, las de Emma Reyes y estas de Luis Caballero muestran una nueva vertiente que inyecta dosis de humanidad a la historia del arte colombiano, tan infectada ahora por el pedante y pernicioso virus de la jerga académica.

Santiago Londoño Vélez